

Martinico Ventosa

DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 46 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.

**Martinico Ventosa**

DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*.

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

EL TURRON.

¡Oh *turron*, *turron*, *turron*! ¡Cuán grande es tu omnipotencia! A la dulcísima voz de *turron* se hace la boca agua lo mismo al motilon de cuatro años, que al canoso individuo de cincuenta. El *turron* hace milagros; feliz el que lo saborea, y mas feliz aun el que puede darlo ó venderlo á manos llenas: porque el *turron* se dá y se vende; se acepta y se compra... ¡Quién es capaz de apurar lo que con el *turron* se hace, lo que con el *turron* puede hacerse?

Don Luperio Comotodos es un excelente sugeto, padre de una dilatada familia; va siendo mas larga que la de Darío; porque su cara mitad, al principio estéril, principió á dejar de serlo algunos años hace; y desde entonces vá largando Comotodos cada diez meses; y convirtiendo su casa en conejar, en colmena, en hormiguero.

En ella me hallaba de visita ayer, gozando de la amena conversacion de la fecundísima señora de don Luperio, cuando comenzaron á salir por los rincones de la habitacion chiquillos de todas edades, robustos unos, encanijados otros, inquietos los mas, tranquilos los menos, y armando entre todos una algarabía capaz de trastornar la cabeza del Convidado de piedra.

Como desde aquel momento, pensar en proseguir nuestra conversacion, era lo mismo que pensar en la canalizacion del Ebro, tiempo perdido, quise tomar parte en aquella infantil algazara y, asiendo de la mano al niño que mas cerca de mí se hallaba, principié por examinarle de pies á cabeza, y ví que llevaba una gorra de papel, unos galones en las mangas de papel, un tahalí de papel y una espada de caña. Claro ví que el fuerte de aquel niño era la milicia.

—Ven aquí, hijo mio; le dije. Parece que tienes afición á las armas.

—Mucha, muchísima. Me contestó con desenvoltura.

—¿Y qué graduacion tienes en el ejército?

—Soy coronel; pero yo quiero ser general.

—Nada mas justo. ¿Quién se contenta hoy con menos?

Interrumpió nuestro diálogo otro diablillo que, saltando sobre mis rodillas, se me presentó cubierta su linda cabeza con un bonete de papel de estraza, y llevando por roquete un miriñaque de una de sus hermanitas.

—Plaza, gritó, plaza al señor canónigo de Sigüenza.

—Ola, ola... ¿tú eres canónigo?

—Por ahora; pero quiero ser obispo.

—Muy bien hecho. Con un obispado ya puede pasarse.

—Y yo soy abogado y quiero ser juez. Dijo otro zanganote.

—Y yo oficial del gobierno y quiero ser gobernador.

—Y yo diputado...

—Y yo senador...

—Y yo ministro...

Y gritaban todos y saltaban y tiraban las sillas por el suelo, convirtiendo aquella sala en un verdadero infierno. De pronto, no sé por qué, comenzó una cachetina entre el militar, el eclesiástico, el letrado y las demás eminencias en flor, que no habia mas que pedir.

—Los chillidos, los lloros, los golpazos de los retoños de Comotodos se mezclaban á los gritos de la madre, y aquello era todo un pronunciamiento. No habia medio de separarlos, cuando dejóse oír en la antecala la voz de mi amigo don Luperio, que llegaba como caído del cielo para poner paz en aquel verdadero campo de Agramante.

—Silencio: gritó con estentórea voz. Silencio ó aquí vá á haber la de Dios es Cristo.

Tan inesperada aparicion produjo efecto por el momento; pero repuesta de la sorpresa aquella infantil

canalla, comenzó de nuevo y con mas fuerza su interrumpido motin, y era de ver al general en yerba agitar su sable, arengar á las masas y reproducir la escena de las Cabezas y de... otras muchas, que omito por prudencia: al reverendo canónigo de Sigüenza sembrar, muy quedito, la cizaña entre sus hermanos, concitándolos á la rebelion contra la autoridad paterna: al futuro Ciceron pronunciar discursos incendiarios, que hacian batir las palmas á sus oyentes; y á todos, en fin, en un completísimo desórden, en una insoportable anarquía.

El padre gritaba, la madre chillaba, yo me tapaba los oidos, cuando saliendo don Lupercio á la antesala, volvió á entrar, no enarbolando unas disciplinas, como yo esperaba, sino precediendo á un mozo de cordel que, cargado de un mayúsculo cajon, dejóse ver en el dintel de la puerta de la sala.

—Haya órden, gritó, fementida canalla, que aquí traigo *turron*!!!

Ni las tres palabras del festin de Baltasar produjeron efecto igual á la palabra mágica de Comotodos. La milicia, el clero, la toga, las masas, todos quedaron como petrificados: reinó un profundo silencio, las bocas se abrieron á la vez, como por un resorte movidas, y la mas dulce de las sonrisas se pintó en todos los semblantes.

—Señores, continuó don Lupercio, aprovechando el general silencio: solicito siempre por el bienestar y la alegría de mi familia, y próximas las Navidades, he hecho provision de *turron*, siguiendo la inveterada costumbre, para distribuirlo, segun vuestra obediencia, respeto y cariño al paternal gobierno, os hagan mas ó menos acreedores al reparto. Aquí vienen, desde una acreditada y bien provista confiteria, el rico *turron* de leche; el delicadísimo de frambuesa; los deliciosos de plátano, de coco, de cidra, de bergamota, de yemas, de remolacha, y los no menos célebres de Jijona y de Alicante. Aquí vienen las batatas de Málaga, los gruesos pepinos, los ponciles y las peras de á libra confitadas. ¿Quién de vosotros, á la vista de este espectáculo, se resistirá al *flectemus genua*, no obedecerá ciegamente las disposiciones paternales, y no entrará, como sumiso borrego, en el redil de la paz, del órden y de la justicia?

El mas profundo, el mas respetuoso silencio reinaban en la sala.

—De rodillas, mamones: continuó Comotodos: de rodillas, y desgraciado del último que me obedezca: él se verá privado del apetitoso *turron*, mientras los buenos, los leales, los sumisos mascarán á dos carrillos y llenarán á su placer sus elásticos estómagos.

Todos los chiquillos á la vez cayeron de rodillas. Yo estaba encantado. De pronto el niño del sable se incorpora, quítase la gorra con la izquierda mano, blande con la derecha su arma y grita con toda la fuerza de sus pulmones.—Viva nuestro generoso papá.

—Vivaaaa!!! Contestaron sus hermanos. Y vuelve á reinar el silencio.

—Viva el *turron*: grita don Lupercio.

Y los *vivas* de los chiquillos llegaban al cielo.

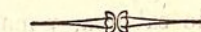
Comotodos principió una razonable distribucion, que recibieron los traviesos muchachos con el mayor órden: retiráronse á engullírselo, apenas para ello recibieron el permiso, marchando de puntillas; y en aquella habitacion, poco antes convertida en una plaza de toros mal presidida, como generalmente la nuestra, *vervi gratia*, podia oirse sin dificultad el vuelo de una mosca.

—¿Qué me dice usted, amigo Ventosa, de mi sistema de gobierno?

—Que lo encuentro escelente, aunque no nuevo, y que lo prefiero al de las azotainas, prisiones y demás castigos empleados contra la insurreccion ó desobediencia filial. Ello no será muy moral el conseguirlo con dádivas turrónicas; pero al menos...

—No prosiga usted. El castigo irrita y no corrige; mientras que el *turron* endulza, domestica, sujeta, hace prodigios: y así como antes se construian elevados é inespugnables muros, se amansaban fieras y se hacian otros milagros al dulce sonido de una lira, ahora se asaltan fortalezas, se domeñan leones, como mis traviesos hijos, con un regalo de *turron* á tiempo.

—Convencido, señor don Lupercio: y páselo usted bien, que voy á trasladar á las columnas de *El Duende* la edificante escena de que soy á usted deudor.



¡Los pavos!

Por las calles de Augusta
van los paveros,
llevando pavi-pollos
y pavos viejos.

Pasad, canalla;
que sois, para un cesante,
comida cara.

—
Pau, pau, pau, pau...
piando van.

¡Pobres animalitos!
Pronto caerán.

—
En mis tiempos felices
me regalaba.
Hoy, que todo ha cambiado,
como patatas.

Pero adelante.
Valen mas las patatas
que los purgantes.

—
Pau, pau, pau, pau...
piando van.
Los ricos solamente
los comerán.

Cuando yo, allá en mis tiempos,
era empleado,
llamaban á mi puerta
pollos y pavos.

Y de Cosuenda
venian, para Pascuas,
ricas botellas.

Pau, pau, pau, pau...
piando van.
Pasad, pasad, pavitos:
ya os comprarán.

Agente de negocios
fui algunos meses.
No hay cucaña en el mundo
cual la de agente.
¡Ay cuántos pavos!
Entonces me emprendian
á picotazos.

Pau, pau, pau, pau...
piando van.
Hoy, que no soy agente,
ya no vendrán.

Un canónigo vive
frente á mi casa.
Allí sí que entran pavos
y tambien pavas.
Y ¡qué capones!
Para hacer penitencia
los compra el pobre.

Pau, pau, pau, pau...
piando van.
Si yo llevar pudiera
un balandran...!

A mi vecina Irene
le ha regalado
don Cosme, que la obsequia,
un rico pavo.
¡Pobre don Cosme!
Él pavos la regala,
y otro los come.

Pau, pau, pau, pau...
piando van.
Y no todos los pavos
en manada están.

Para el año que viene
ya tendré pavo;
pues convertirme pienso
en incensario.
Que en esta broma,

quien no adula no mama;
quien mama engorda.

Pau, pau, pau, pau...
piando van.
¡Pobres animalitos!
Pronto caerán.

Los de siempre.

—Oiga usted, oiga usted, don Cachipundio, que lo
que es hoy no faltan cosas que contar.

—*Videamus.*

—Procedamos con orden. ¿Le han hablado á usted
de un Caso?...

—Qué, hombre! ¿Tenemos el cólera encima?

—No hay por qué asustarse: el Caso de que hablo á
usted es un Caso de carne y hueso.

Ahora bien: dicho señor, que es mozo que lo en-
tiende, ha publicado un folleto sobre la célebre cau-
sa de Fontanellas; y crea usted que, despues de lei-
do, deja el ánimo suspenso y...

—Y qué dice?

—Tome usted y léalo; que no estoy en disposicion
de leérselo enterito.

—Pero usted qué opina?

—Opino que el señor Caso ha dado pruebas de ta-
lento en este caso; que si acaso sale triunfante y le
hacen los jueces caso, vamos al caso, entonces obtiene
un triunfo; por que el caso es peliagudo y en estos
casos...

—Basta, por Dios; basta: calle usted ó emigro.

—Como usted guste. Hablemos de otra cosa. ¿Es-
tuvo usted en el teatro? Vió usted el grrrrrran...

—Silencio, infeliz! ¿Qué iba usted á decir? ¿Quiere us-
ted atraerse la cólera de Juno?

—Pues qué ¿no se puede decir que *Maria di Rohan*
tiene un grrrrrran acto tercero?

—Aaaaaaaaah! Hablaba usted de la ópera: yo creí que
iba usted á decir si habia visto el...

—Usted es quien lo dice: que conste.

—Y ya que hablamos de teatros, don Cachipundio,
sabe usted lo que ha sucedido en el de Valencia?

—Cuéntelo usted.

—Sucedio que se ponía en escena el *Trovatore*: que
el público silbó al baritono; y éste, á quien no de-
bian de sentar bien los silbidos, se amoscó, y se fué
para adentro. Sucedio que la autoridad multó al can-
tante, y que le obligó á salir á la escena; que el pú-
blico se entusiasmó de nuevo y silbó con mas furia
al de Luna, y sucedio que, no siendo los espectadores
todos de la misma opinion, comenzaron á tirarse pe-
ladilas de arroyo y hubo un herido y un escándalo
mayúsculo.

Los cuellos y el peinado.



Pasado.



Presente.



Porvenir.



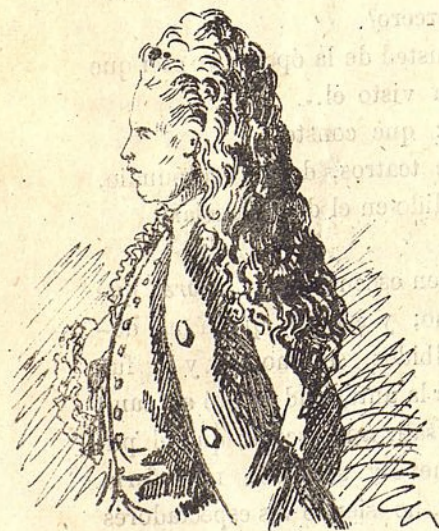
Pasado.



Presente.



Porvenir.



Pasado.



Presente.



Porvenir.

El pelo y las barbas.

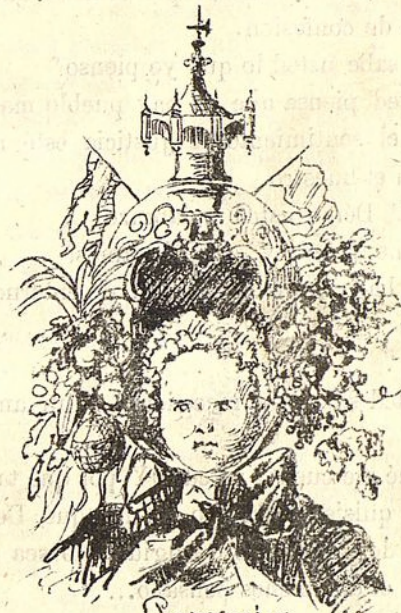
El cigarro... el luto.



Pasado.



Presente.



Porvenir.



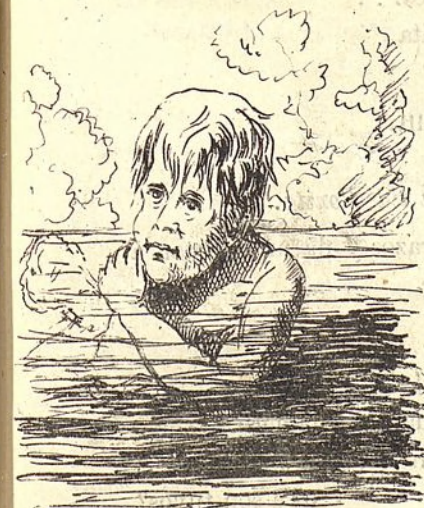
Pasado.



Presente.



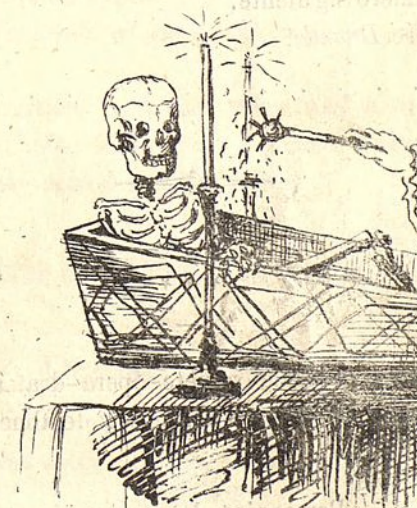
Porvenir.



Pasado.



Presente.



Porvenir.

El baño y los bañistas.

—¿Sabe usted lo que se diría si tal cosa hubiese sucedido en Zaragoza?

—No hubiera habido en España bastantes letras para decir en las de molde que éramos unos brutos indignos de confesion.

—¿Y sabe usted lo que yo pienso?

—Usted piensa que no hay pueblo mas digno, ni en el que el sentimiento de justicia esté mas arraigado que en el nuestro.

—Ajá! Déme usted un abrazo.

—Tome usted, y.... ¿Lloramos?

—No hay inconveniente. . . de enternecimiento.

.

—¿Usted sabe que recogieron á un amigo dias pasados?

—¿Qué me cuenta usted! ¿Y por qué tal recogida?

—Eso quisiera saber yo, el por qué. De todos modos es cosa de andar uno recogido, no sea que á uno lo recojan el día menos pensado...

—Vecino, creo que no se recoge bastante lo recogible; y si no, díganlo ciertas fotografías que por ahí andan muy desabrigadas para el tiempo que corre, y ciertas cajitas de fósforos, que hacen ruborizar al mismo combustible que encierran.

—Dejemos esto, que nos quemamos.

—Pues hablemos de otra cosa: le diré á usted que hay novedades.

—¿De veras?

—Y gordas.

—A ver, á ver, cuénteme usted...

—Es un secreto; pero sepa usted que pronto. . . muy pronto, parecerá...

—¿El qué, aquello?

—No está usted en autos.

—Entonces será el peine.

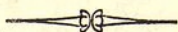
—Tampoco.

—Pues como no parezca Mr. Arban, no sé que...

—Paciencia... paciencia... Le digo á usted que hay novedades, que es un secreto; pero que se descubrirá en el número siguiente.

—¡Pobre Duende!

.



* * *

Tragedia-comedia-sainete-ópera-drama-zarzuela; dividida en varios actos heroicos y de abnegacion sublime.

Personajes: los necesarios.

La accion, ni la de Muniesa; traspasa el corazon mas empedernido.

ACTOS PRIMEROS.

En el mundo y fuera de él.

ESCENA I.

Coro de pollos con lentes y bigotes de primera flor.

Somos unos chicos
que no hay mas que ver:
tiéblannos los grandes,
tiéblannos tambien
con el bello sexo,
todos los que prez
de hombres de valía
consiguieron. . . ¿Eh?

ESCENA II.

Aparece *el tio Paces* abriendo la boca. . . de asombro, al mirar tanto portento, y llorando cada lagrimon como bacinilla de barbero.

El tio Paces. . . . Señores, por compasion,
su saña no se desate
contra este pobre pelon;
mirad que soy padre. . .

El coro (asombrado.) ¡Tate!

El tio Paces. . . . Y de hijos tengo un monton.
En otros probad los brios
de vuestros arranques fieros;
y pues que sois caballeros. . .

El coro (reteasombrado.) ¿Caballeros?

El tio Paces (aparte.) Ya son mios.
Embainad vuestros aceros,

Los del *coro*, llenos de magnanimidad, enjaretan sus bastones por el ojal del bolsillo del pantalon.

(Marcha triunfal.)

Somos ¿eh? potencia. . .
Nos tiemblan, nos miman:
seamos clementes. . .
Trípita, trípita.

ESCENA III.

El tio Paces y la tia Bonita.

El tio Paces estiene los brazos y dá un apretón á las carnosas manos de *Bonita*.

El tio Paces (muy gozoso.) . . . Salud á tí, bella dama.

La Bonita. . . . Dios te guarde, zalamero.

El tio Paces. . . . Ya son mios... *(con misterio.)*

La Bonita. . . . ¿Ya son tuyos?

Querras decir «ya son nuestros.»

El tio Paces. . . . Te diré. Tan solo sirve
para mí el fuerte argumento

La Bonita. que empleé. Traidor amigo....
 Pero no importa; ya tengo
 cogido de las narices
 á un protector...
El tío Paces. Pollo viejo.
 Mala la hubiste, Bonita,
 en tu eleccion; y te advierto
 que no sirve para mucho
 tu campeon. Otros tiempos.....
La Bonita. Pues está bien conservado
 y tiene mucho talento.
El tío Paces. Pues que sea enhorabuena,
 que yo prosigo el enredo.
 Adios, Bonita.
La Bonita. Él te guarde.
El tío Paces. Que te protejan los. . . cielos.

ESCENA IV.

El tío Paces empuña una sarten, y con una cuchara ejecuta un redoble en el culinario instrumento. Aparece numeroso enjambre de *Redentores*.

Coro de Redentores. ¿Quién llama de esta guisa?
 ¿Quién osa repicar
 en instrumento férreo
 con furia sin igual?
El tío Paces. Yo soy, bellos señores,
 el atrevido,
 que con este reclamo
 os ha traído;
 y es porque quiero
 demostraros lo mucho
 que hoy os aprecio.
 Quiero una serenata
 dar á mi Pepa.
 ¿Me escribireis vosotros
 dulces endechas?
 Si lo haceis ¡Cristo!
 ha de haber gallo muerto
 y de lo tinto.

El coro (con entusiasmo) . . . ¡Hurra, muchachos, á la mesa, hurra!
El Tío os brinda en báquico festin.
 Vinosa charca su fondiche sea:
 de escolares espléndido botin.
 ¡Hurra, al convite, hijos de las musas.
 A rienda suelta al bodegon volad.
 ¿Veis esa mesa de manjares llena?
 Sús, mis amigos; sús, á devorar.

El entusiasmo raya en locura: abrázanse los unos y los otros; juran éstos cantar la cachucha y aquellos la palinodia, y concluyen todos por convertirse. á la religion del profeta.

ACTOS SEGUNDOS,

DE CONTRICION.

Martinico. . . . Alto el carro. . . Es decir, alto la comedia ó fritada, ó lo que sea, que nos estais haciendo tragar.
Ri-Qui. . . . Siga usted; yo. . .
Martinico. . . . Silencio en las filas, que no consiento interrupciones. Veamos: ¿se podrá saber, en segundo lugar, qué demonio de cosa es esa que nos estais contando?
Ri-Qui. . . . Señor, un hecho histórico.
Martinico. . . . No te adules, infeliz: tú no has sabido nunca historia.
Ri-Qui. . . . Dire á usted: lo que es la historia de España, confieso mi pecado, la ignoro por completo: pero la historia de algunos españoles pocos la conocen como yo.
Martinico. . . . Calla, y no asustes al mundo, desgraciado; que la opinion pública te contempla. Has de saber que está vedado á los mortales divulgar los secretos de los dioses. Tú has pecado, mereces castigo; y si una retractacion solemne no te salva. . .
Ri-Qui. . . . Pero si yo. . .
Martinico. . . . Chito. Que venga el moro Lip.
Lip. Aquí me tienes pronto á ejecutar tus mandatos.
Martinico. . . . Trae el alfanje de *Olofernes* que dejó olvidado la *Ristori*. . .
Lip. Écolo.
Martinico. . . . Bravo: y ahora córtale la cabecica.
Ri-Qui. . . . ¡Perdon!
Martinico. . . . ¿Te retractas?
Ri-Qui. . . . Imposible; es histórico.
Martinico. . . . Pues muere.
Lip. ¿Corto?
Martinico. . . . Sí: degüéllalo por la mano.

Lip esgrime el acero y troncha de un *alfanzazo* la mano diestra de *Ri-Qui*.

Ri-Qui, (*cayendo al suelo*.) ¡Venganza, mis cinco dedos!

La mano cortada va á caer sobre una mesa; cojen sus ensangrentados dedos una pluma y trazan sobre el papel las siguientes líneas.

TÍTULO DE ESTA COMEDIA.

Déjate querer:

ó

Cada cual atienda a su juego.

Martinico y *Lip* enternecidos y asombrados lloran sobre los restos inanimados de su infeliz compañero. Súbito *Martinico* coge la mano y la pega con oblea la

mutilado brazo de Ri-Qui: soplan sobre el difunto los dos amigos, y resucita el muerto, que no habia sido difunto, mas que por guardar las apariencias.

FINAL.

Decoracion de gloria á la veneciana, con farolitos de papel. La orquesta toca el trágala, y los tres *Duendes* cantan la siguiente copla.

El muerto no está muerto,
y lo dicho es verdad.
Si á alguno esto le pica,
salud para rascar.
Ay, ay, ay, mutillac,
salud para rascar.
Ay, ay, ay, mutillac,
salud para rascar.

FIN.

Modo de cazar ratones.

Para cazar ratones se necesita:

Primero: Ratones.

Segundo: Saber su nombre y apellido.

Tercero: Un cigarro del estanco.

Cuarto: Un doblon de cinco duros.

Una vez llenas las antedichas formalidades, lo demás es muy sencillo.

Se llama al raton dándole, por supuesto, el tratamiento que le corresponda.

Se le enseña el doblon de cinco duros.

Se acerca el raton, y en vez de coger él la moneda, él es el cogido.

Entonces, *vellis nollis*, se le obliga á pegar unas chupaditas en el puro y....

Cátalo muerto.

Es probado.

Para destruir las pulgas.

Para cazar las pulgas se necesita:

Primero: Pulgas.

Segundo: Un salmon en mayonesa.

Tercero: Un sombrero de picador.

Cuarto: un *billabarquin* (como le llaman aquí los carpinteros.

Quinto: Unas tenazas.

Sesto: Una jicara de chocolate.

Provisto el cazador de cuanto llevamos dicho, coloca el salmon en el suelo y obliga al propietario ó á la propietaria de los bichos á dar una vuelta al rededor de él.

Las pulgas que lo huelen dicen:

«¿Salmoncito tenemos? Bueno: alla vamos.»

Las pulgas se precipitan sobre el pescado: (conviene que esto se haga en dia de vigilia.)

Se toma el sombrero de picador y con él se cubre el plato.

Con el *billabarquin* se hace en el fieltro un agujero.

Se introducen por él las tenazas, y se van agarrando las pulgas, cuidando no reventarlas.

Una vez fuera se las hace tomar un sorbito de chocolate (por supuesto con bizcocho.) y....

Cátalas muertas.

Es probado.

Método para cazar gangas.

Para cazar gangas se necesita:

Primero: una caña.

Segundo: un hilo.

Tercero: un anzuelo.

Cuarto: un tonto.

Pondreis un hilo en la caña y el anzuelo en el hilo; en seguida, con mucho tiento, colocais para cebo un anuncio de una sociedad de seguros. . . . invisible. Ver el anuncio el tonto, y tragarlo será cosa de un segundo; los tontos que tragan anzuelos tienen cuartos; es decir, que pertenecen á la familia de las gangas.

Es reprobado.

Un transeunte, que se dirigia ayer á la administracion de telégrafos á poner el *llegué sin novedad*, dió un tropezon al pasar por debajo de los hilos eléctricos que dejó en el pavimento la suela de su bota, medio calcetín y el dedo pequeño del pié izquierdo. El hombre bufaba, cuando uno que detrás de él y en la direccion misma caminaba le dijo con la mayor amabilidad:

—No lo estrañe usted, caballero: es que han colocado aquí cerquita una fuente de vecindad; para ello han hecho una zanja, y al volver á cubrirla han dejado el suelo como usted lo vé, arreglado.

—¿A esto llaman en Zaragoza *arreglar*?

—Sí, señor. Esta tierra levantada, estas piedras sueltas van asentándose á fuerza de pisotones, traspieses y batacazos de los transeuntes: la falta de cilindro ó de pison la suplen nuestras narices; y con el tiempo, las aguas y el continuo tránsito, á la vuelta de diez años ya estará este trayecto que dará gusto.

El forastero se alejó refunfuñando; y entre sus reniegos y maldiciones creí oír la palabra *barbaro*.

Regularmente aludiria al zapatero, que tan mal habia cosido la suela á su bota.

Editor responsable: MANUEL ALLUE

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862